

# La lectura futura

*Anthony Grafton*

[www.newyorker.com](http://www.newyorker.com)

**E**n 1938, Alfred Kazim comenzó a trabajar en su primera obra *On Native Grounds*. Como era hijo de inmigrantes judíos pobres había estudiado en el City College, en la universidad pública. De alguna manera, a pesar de tener poco dinero y escaso apoyo, logró escribir un libro extraordinario, en el que situaba a los movimientos intelectuales y literarios norteamericanos, surgidos desde finales del siglo XIX hasta su propia época, en un contexto histórico que evocaba con gran riqueza de detalles. Una institución fue la que hizo posible su obra: la Biblioteca Pública de Nueva York sita entre la Quinta Avenida y la calle 42. Más tarde, Kazim recordaría que «cualquier cosa de la que había oído hablar y que quería ver la tenían en ese bendito lugar: las primeras ediciones de novelas norteamericanas de aquellas décadas germinales posteriores a la guerra civil y que me condujeron a la cuestión de lo ‘moderno’; viejos catálogos de editores de Chicago ya desaparecidos que habían sido jóvenes en los años noventa y habían intentado apoyar un poco al realismo». Sin abandonar Manhattan, Kazim viajó en sus lecturas a «ciudades pequeñas y solitarias, pueblecitos de las praderas, universidades aisladas del mundo, polvorientos despachos de abogados, revistas de ámbito nacional, y ‘academias’ de provincias donde nadie sospechaba que aquellos jóvenes reporteros, pasantes, bibliotecarios y profesores de aspecto obediente resultarían ser Willa Cather, Robert Frost, Sinclair Lewis, Wallace Stevens o Marianne Moore».

Es una historia vieja y reconfortante: chico o chica aficionado a los libros entra en una biblioteca fresquita y sombría, y descubre la soledad y la libertad. Pero durante los últimos diez años, más o menos, las ciudades del libro no han sido ni mucho menos lugares tranquilos. Los ordenadores e Internet han transformado la lectura de forma mucho más radical que cualquier otra tecnología desde la imprenta; y durante los últimos cinco años Google ha estado desarrollando un proyecto ambicioso: el Buscador de Libros Google (*Google Book Search*). El objetivo de Google, en sus propias palabras, es «elaborar un índice que abarque todos los libros del mundo», y permita a los lectores consultar su listado de libros para ver

los textos completos de aquellas obras no sujetas a derechos. Google colabora con editores, llamados Editores Asociados de Google –hay más de diez mil en todo el mundo–, que suministran información, que incluyen muestras del texto, sobre libros aún sujetos a derechos a todos los usuarios de la red. Una segunda empresa, el proyecto Biblioteca Google, consiste en digitalizar cuantos libros sea posible en colaboración con grandes bibliotecas de los Estados Unidos y del extranjero. Entre ellas está la Biblioteca Pública de Nueva York, tan amada por Kazim, donde se están escaneando más de un millón de libros.

Los proyectos de Google, junto con las iniciativas rivales de Microsoft y Amazon, han suscitado profecías apocalípticas sobre las posibilidades del conocimiento digitalizado y el fin de los libros tal como los conocemos hoy. El año pasado Kevin Kelly, de la revista *Wired* y que se autodenomina «disidente veterano», predijo en un artículo en *The Times* que «todos los libros del mundo» se convertirían en «un único tejido fluido de palabras e ideas conectadas entre sí». El usuario de la biblioteca electrónica podría reunir «todos los textos –pasados y presentes y en todas las lenguas– sobre un tema en concreto», y así ganaría «una idea más clara de lo que como civilización y como especie sabemos y dejamos de saber». Otros han evocado panorámicas aún más utópicas, como por ejemplo la de un archivo universal que no sólo contendría todos los libros y artículos sino todos los documentos existentes, formando la base para una historia total de la raza humana.

De hecho, Internet no nos va a traer una biblioteca universal y mucho menos un registro enciclopédico de la experiencia humana. Ninguna de las empresas que desarrollan estos proyectos de digitalización aspira a crear nada parecido. El bombo publicitario y la retórica dificultan la comprensión de lo que Google, Microsoft y las bibliotecas que cooperan con ellos están haciendo en realidad. Es evidente que hemos llegado a un nuevo hito en la historia de la producción de textos. En muchos frentes, las publicaciones periódicas y los libros están dejando paso a los *blogs* y a otros formatos electrónicos. Pero las revistas y los libros siguen vendiendo muchos ejemplares. La carrera por digitalizar los documentos escritos es otro más de la serie de momentos críticos en la larga historia de nuestro impulso de acumular, almacenar y recuperar información con eficiencia. No resultará en la infotopía que vaticinan los profetas sino en un número de nuevas ecologías de la información, todas ellas un reto, en las que lectores, escritores y productores de textos habrán aprendido a sobrevivir.

Ya en el tercer milenio a.c. los escribas mesopotámicos empezaron a catalogar las tablillas de barro de sus colecciones. Para facilitar la localización, añadían un apéndice con una descripción del contenido a los cantos de las tablillas, y para facilitar una rápida identificación de los textos relacionados utilizaron el almacenado sistemático. La colección más importante y más famosa de la Antigüedad, la biblioteca de Alejandría, tenía, en lo que a ambición y métodos se refiere, mucho en común con los proyectos de Google. Fue fundada sobre 300 a.c. por Tolomeo I,

que había heredado Alejandría, una ciudad nueva, de Alejandro Magno. Historiador aficionado a la poesía, Tolomeo decidió amasar una colección exhaustiva de obras griegas. Al igual que Google, la biblioteca desarrolló un procedimiento eficiente para obtener y reproducir textos. Cuando un barco atracaba en Alejandría, todos los pergaminos que tuviera a bordo se confiscaban y eran llevados a la biblioteca. Los empleados hacían una copia para los dueños y almacenaban los originales en montones hasta que pudieran ser catalogados. En su momento de mayor esplendor, contenía más de medio millón de pergaminos, un cúmulo de información que obligó a los bibliotecarios a desarrollar nuevos métodos de organización. Por primera vez, las obras fueron almacenadas por orden alfabético.

Seiscientos años después, Eusebio, historiador y obispo de Cesárea, ciudad costera de Palestina, reunió escritos cristianos en la biblioteca local. También inventó un sistema de referencias cruzadas conocido como «tablas canónicas» (*Check con Lito*) que permitía a los lectores encontrar pasajes paralelos en los cuatro Evangelios, un sistema que el investigador James O'Donnell recientemente denominó el primer conjunto mundial de *hot links*, conexiones inmediatas. Como hábil emprendedor que era, Eusebio puso en marcha un equipo de secretarios y escribas para producir Biblias que incluyeran esta nueva herramienta de estudio; en los años treinta del III siglo, el emperador Constantino le hizo un pedido de 50 Biblias de pergamino codificadas (Codex) para las iglesias de su nueva ciudad, Constantinopla. Durante toda la Edad Media las grandes bibliotecas monásticas se dedicaron a los proyectos gemelos de acumular grandes patrimonios y, en sus *scriptoria*, elaborar y diseminar copias de textos clave.

La invención de la imprenta en la Europa del siglo XV transformó la tarea de bibliotecarios y lectores. En medio siglo, los impresores introdujeron en un mundo ya letrado y curioso unos 28.000 títulos y millones de ejemplares de libros, muchísimos más de los que las bibliotecas de Occidente habían llegado a contener hasta entonces. Informes sobre nuevos mundos, nuevas tecnologías y nuevas ideas sobre el universo viajaban de forma más rápida y barata que nunca. El mundo empresarial de las imprentas utilizó ampliamente las habilidades y conocimientos tradicionales de los bibliotecarios. Giovanni Andrea Bussi, uno de los bibliotecarios encargados de la colección del Papa Sixto IV, también actuaba como asesor para dos impresores alemanes en Roma, Conrad Sveyneym y Arnold Pannartz, que comenzaron a imprimir ediciones de lujo de los clásicos, editados, corregidos y en ocasiones prologados por Bussi. Como muchos pioneros, Bussi y sus socios pronto se dieron cuenta de que había sobrestimado el mercado, lo cual tuvo desastrosos resultados financieros. No serían los últimos empresarios de nuevas tecnologías del libro en experimentar este tipo de dificultades.

Aun así, la fórmula de eruditos actuando como asesores de los impresores se convirtió en algo normal en el siglo XVI, si bien en siglos posteriores la industria

editorial, movida por el afán de beneficio y la industriosa investigación de las bibliotecas, convirtieron gradualmente en ámbitos separados. Hay que resaltar que en años recientes el modelo ha resurgido conforme bajaban las ventas de los libros producidos por las editoriales universitarias y aumentaban las tarifas de suscripción de las revistas. Con los programas de edición electrónica, las bibliotecas han empezado a asumir muchas de las funciones que tradicionalmente desempeñaban las editoriales universitarias, como por ejemplo la distribución de las tesis doctorales y la reproducción de las colecciones locales de libros y documentos, una ampliación de actividades que a Eusebio le habría parecido normal.

A veces se señalan los métodos rápidos y fiables de búsqueda y recuperación de información como la marca de nuestra era de la información: «La búsqueda lo es todo» se ha convertido en un proverbio. Pero los investigadores llevan milenios teniendo que enfrentarse al exceso de información, y en épocas cuando las fuentes de información se multiplicaban con una rapidez especial, pergeñaban ingeniosas maneras de controlar la marea. El Renacimiento, un tiempo en que la cantidad de textos nuevos amenazaba con volverse abrumadora, fue la gran época de los apuntes sistemáticos. Manuales como *La mina de oro* de Jeremías Drexel –cuyo frontispicio exhibía la imagen de un investigador tomando notas frente a un grupo de auténticos mineros buscando oro de verdad–, enseñaba a los estudiantes a condensar y ordenar los contenidos de la literatura con ayuda de epígrafes. Investigadores bien formados en ese sistema, como Isaac Casaubon, tejían redes de apuntes fundamentados y eficientes en torno a los textos de sus libros y en sus cuadernos de notas –sobreviven centenares de los libros de Casaubon– y las utilizaban para recuperar información sobre cualquier cosa, desde la religión de las tragedias griegas a las costumbres funerarias judías. Jacques Cujas, un erudito en *Leyes del siglo XVI*, asombraba a quienes le visitaban en su estudio al mostrarles la silla de barbero giratoria y la librería móvil que le permitían mantener a la vista simultáneamente varios libros abiertos. Thomas Harrison, un inventor inglés del siglo XVII, diseñó un armario que él denominaba «Arca de estudios»: el lector podía ver libros de forma sinóptica, y sacar extractos y ordenar sus notas por temas pinchándolos sobre una serie de ganchos metálicos, de forma parecida a un fichero. El filósofo alemán Leibnitz consiguió uno de los armarios de Harrison y lo utilizó en sus investigaciones.

Para los menos eruditos, había técnicas más sencillas que acortaban el proceso de búsqueda de información de forma parecida a como hoy lo hace la Wikipedia. Erasmo sostenía que todo estudiante serio debía leer íntegro el corpus de la literatura clásica y hacer sus propias anotaciones sobre ella. Pero también escribió un magnífico manual, los *Adagios*, donde recopilaba y explicaba miles de jugosos dichos antiguos y proporcionaba índices temáticos para ayudar a los lectores a encontrar lo que necesitaban. Durante siglos, el primer encuentro de los escolares

con la sabiduría de los antiguos fue en su forma predigerida. Cuando Erasmo narra la historia de Pandora, decía que no había abierto un tarro, como en la versión original del poeta griego Hesiodo, sino una caja. En todas las lenguas europeas salvo en la italiana, la caja de Pandora se hizo proverbial: un bulo que se convirtió en ubicuo gracias al poder de la nueva tecnología de la información. Hasta los mejores procedimientos de búsqueda dependen de las bases de datos que exploran.

A partir del siglo XVIII los países, las universidades y las academias mantenían bibliotecas de investigación cuyos empleados fueron pioneros en la recuperación de información mediante una variedad de sistemas de catalogación y de indexación. El desarrollo del sistema decimal de Dewey, en la década de 1870, coincidió con una etapa de democratización de la lectura. Ediciones baratas pero duraderas, como las de la Biblioteca Bohn, llevaron libros que no eran la Biblia a los hogares de la clase trabajadora, y los periódicos, que en el siglo XIX a veces sacaban ediciones cada hora, abrieron el acceso a las novedades y al comentario de la actualidad social a todas las clases sociales.

En la década de 1940, Fremont Ryder, un bibliotecario de la Universidad Wesleyan, auguró que el material se estaba multiplicando a tal velocidad que pronto desbordaría hasta los anaqueles con mayor capacidad. Argüía que la microfotografía podría eliminar este problema y que, al multiplicar los recursos de cualquier biblioteca, también ofrecía la promesa de bibliotecas verdaderamente universales. Conforme las universidades más antiguas se expandían y surgían otras nuevas en la década de los años cincuenta y sesenta, una generosa dotación económica les permitía comprar lo que hubiera disponible en microfilm o en microficha y como reimpresiones. De repente se podían investigar en profundidad las colecciones de la biblioteca del Vaticano no sólo en Roma sino también en St. Louis, donde los Caballeros de Colón estaban reuniendo un vasto fondo de microfilms.

Pero las bibliotecas basadas en los microfilms y las reimpresiones nunca llegaron a ser realmente completas. Como es natural, las compañías comerciales que realizaban la mayor parte de las filmaciones se concentraron en textos más comerciales mientras que los promotores sin fines comerciales se dedicaron a los textos que les interesaban a ellos. No existía una lógica general que determinara qué textos se reimprimían en papel, cuáles se filmaban y cuáles se dejaba que siguieran siendo desconocidos. Algunos proyectos, como el STC de Eugene Powers, que distribuyó en microfilm 26.000 libros de la literatura inglesa antigua, transformaron la investigación en ciertos campos. Otros sencillamente expiraron. Cuando la producción de libros y publicaciones periódicas aumentó de forma explosiva en los años sesenta, los presupuestos de las bibliotecas no consiguieron mantenerse a la par. Bastantes editores de reediciones acabaron, como Bussi y sus socios, asfixiados por libros que no conseguían vender. Los vendedores de microfilm siguieron en el negocio, y lo hicieron con tanta eficiencia y entusiasmo que convencieron a los biblio-

tecarios y a los archiveros de que destruyeran un gran número de libros y revistas que podrían haberse conservado.

La idea actual de digitalización supera la de la microfilmación, tanto en su ambición como en sus logros. Después de todo, pocos individuos llegaron a poseer un lector de microfilm mientras que mucha gente tiene acceso a un PC con conexión a Internet. Hoy en día, hasta el investigador más tradicional comienza por consultar un buscador. Como me comentaba hace poco un alegre editor de Cambridge University Press, «haciendo un cálculo conservador, el 95% de todas las investigaciones académicas empieza en Google». El famoso algoritmo de búsqueda de Google emula el principio de la cita académica pues suma y evalúa las conexiones anteriores para dirigir a lo usuarios hacia las fuentes que ya otros han juzgado útiles. En cierto sentido, a lo que más se parece el sistema es a un billón de las antiguas notas a pie de página.

Hasta ahora, el proyecto Biblioteca Google ha recibido críticas de todo tipo. Google muestra al lector una versión escaneada de la página que en general es fiel y se puede leer con facilidad. Pero Google también emplea el reconocimiento óptico de caracteres para producir una segunda versión para uso de su buscador, y este proceso doble tiene sus caprichos. En un *scriptorium* iluminado por el sol, un escriba podía equivocarse y transcribir una «u» por una «n», o al revés. Curiosamente, el ordenador comete el mismo error. Si tecleamos «qualitas» –un término importante de la filosofía medieval– en el buscador de libros Google Book Search, encontraremos casi 2000 entradas. Pero si tecleamos «qnalitas» seremos recompensados con más de 500 referencias que quizá no hubiéramos encontrado. A veces, el operador del escáner se salta páginas, o las escanea de forma desordenada. A veces el ejemplar está en mal estado. Los datos de catalogación de un ítem con frecuencia están incompletos o llaman a confusión. Y los términos clave que Google ofrece para describir una obra concreta a veces resultan inintencionadamente cómicos. Cuando se está cavilando sobre cómo utilizar una guía Baedeker de París de 1878, no ayuda nada la indicación de que una de las palabras clave es «sofás».

Pero existen limitaciones aún más fundamentales al proyecto de Google y a los de sus competidores de Microsoft y Amazon. Uno de los escollos más debatidos es el de los derechos de autor. Un cálculo conservador de la totalidad de libros publicados sitúa la cifra en 32 millones; Google cree que puede haber unos 100 millones. Se calcula que entre un 5% y un 10% de los libros que se conocen son títulos vivos, y que para un 20% –aquellos publicados entre el nacimiento de la imprenta en el siglo XV y 1923– los derechos han vencido. El resto, quizá el 75% de la totalidad de los libros publicados, son «huérfanos» que posiblemente sigan sujetos a derechos pero que están descatalogados y bastante olvidados. Google, de forma polémica, está escaneando estos libros aunque aún no los está poniendo completamente a disposición del público; Microsoft, más cauta, está escaneando sólo aquellos que sabe que puede difundir legítimamente.

Google y Microsoft persiguen sus propios intereses de una manera que piensan acabará generando ingresos, y esto ha movido a una serie de bibliotecas importantes a trabajar con la Open Content Alliance (Alianza por los Contenidos Abiertos), una empresa de digitalización de libros sin ánimo de lucro. Muchos libros importantes quedarán fuera: por ejemplo, Google no tiene previsto escanear libros de los primeros dos siglos de imprenta en un futuro inmediato. Los libros raros requieren para su escaneo condiciones especiales y costosas, y la mayor parte de los que probablemente generen uso frecuente ya han sido puestos a disposición del público por compañías como Chadwick-Healey y Gale, que venden sus colecciones a bibliotecas y universidades por sumas cuantiosas. Early English Books Online ofrece 100.000 títulos impresos entre 1475 y 1700. Densos volúmenes y pequeños panfletos vertidos a mares por las prensas durante la revolución puritana –libros de texto, tragedias jacobeanas con anotaciones de los apuntes y panfletos políticos de regicidas puritanos– están a disposición de cualquiera en las grandes bibliotecas.

Otros sectores de la producción editorial mundial no están siquiera catalogados, no se puede acceder a ellos y ni mucho menos están disponibles para ser digitalizados. El material generado por los países más pobres posiblemente no atraiga a empresas que para obtener beneficios se basan en las suscripciones y en la publicidad. Esto es una pena pues son precisamente estas sociedades las que tienen menos posibilidades de acceder a los libros impresos y así a su propia literatura e historia. Si visitamos la página web del Online Computer Library Center y consultamos su WorldMap, podemos ver el mapa de los libros repartidos por los sistemas académicos de todo el mundo. Sesenta millones de británicos tienen a su disposición 116 millones de libros en bibliotecas públicas, mientras 1100 millones de indios sólo tienen 36 millones. En otras palabras, la pobreza se hace manifiesta tanto en la carencia de material impreso como de alimentos. Internet hará mucho por compensar este desequilibrio: proveyendo de libros occidentales a los lectores no occidentales. No está tan claro lo que hará por los libros no occidentales.

Un registro de la totalidad de la historia parece algo aún más lejano. Si quisiéramos hacer accesible un registro de este tipo, como imaginan los más utópicos campeones de la digitalización, habría de incluir tanto obras literarias como documentos de archivo que nunca estuvieron destinados a la publicación. Es cierto que millones de estos documentos están empezando a aparecer en las pantallas. Los registros online de la Oficina de Marcas y Patentes norteamericana son un tesoro para todo aquel interesado en la espectacular panorámica de la brillantez y locura de los inventores americanos. Gracias al archivo Aluka, sin ánimo de lucro, los investigadores y escritores en África pueden estudiar en la red el creciente número de fuentes africanas cuyos originales están archivados, resultando inaccesibles, en otros lugares del mundo. Los historiadores del papado pueden leer los documentos originales de los papas antiguos sin ir a Roma, en un colección de documentos digitalizados ofrecida

por los Archivos Secretos del Vaticano. Pero incluso el mayor de estos proyectos no es sino un destello en el negro cielo, todavía inexplorado, que conforma el pasado de la humanidad del que tenemos registros. Archives USA, una guía de archivos norteamericanos basada en la Red, recoge 5.500 depositarios y más de 160.000 colecciones de fuentes primarias. Tan sólo el Archivo Nacional de Estados Unidos contiene unos 9.000 millones de ítems. No parece probable que veamos todos los archivos de los Estados Unidos o de cualquier otra nación desarrollada online en el futuro próximo, y mucho menos los de las naciones pobres.

Así que la supuesta biblioteca universal no será una masa de libros, sin fisuras, fácil de interconectar y de estudiar, sino más bien un mosaico de interfaces y bases de datos, algunas de ellas abiertas a cualquiera con un ordenador y un WiFi, otras cerradas a quien no tenga posibilidad de acceso ni dinero. El auténtico reto es cómo cartografiar las placas tectónicas de información que chocan entre sí, y luego aprender a navegar por los nuevos paisajes que están creando. En el curso del tiempo, conforme vaya quedando más material fuera de la protección de los derechos de autor, podremos aprender cosas acerca de nuestra cultura que nunca antes hubiéramos podido saber. Pronto, el presente se volverá abrumadoramente accesible, pero puede que una gran parte del material más antiguo no se incorpore nunca a una base de datos. Ni Google ni nadie fundirá nunca las bases de datos patrimoniales de los libros antiguos y los sistemas locales creados por archivos individuales en un solo fondo de información accesible. Aunque el pasado remoto se haga más accesible, en sentido técnico, que nunca antes, una vez capturado y conservado como un mosaico vasto y deslavazado quizá se aleje de nuestro foco de atención colectivo a una velocidad cada vez mayor.

Y sin embargo es difícil exagerar lo que se torna posible mes a mes y lo que lo será en los próximos años. Google y Microsoft están flanqueados por otros grandes proyectos. Algunos son ante todo filantrópicos, como el veterano Proyecto Gutenberg, que ofrece textos tecleados de los clásicos ingleses y norteamericanos, y el famoso Million Book Project fundado por Raj Reddy de la Universidad Carnegie Mellon. Reddy trabaja con socios en todo el mundo para ofrecer, entre otros, textos online en muchas lenguas para las que aún no existe un software que reconozca los caracteres. Hay centenares de pequeños proyectos en campos especializados –como Perseus, una página web, con base en la Universidad de Tufts, especializada en latín y griego– y nuevos proyectos empresariales como Alexander Street Press, que ofrece a las bibliotecas colecciones, lujosamente editadas, de todo: desde la revista *Harper's Weekly* hasta cartas y diarios de inmigrantes americanos. Para el investigador medio se ha hecho imposible mantenerse al tanto de lo que existe en nuestra era de la abundancia electrónica, pero el *D-Lib Magazine*, una publicación online, es una ayuda, pues llama la atención sobre nuevas fuentes y colecciones digitales de forma parecida a como las bibliotecas solían anunciar las

adquisiciones de los documentos de un escritor o de una colección de libros con una encuadernación especial.

Además, la tecnología de Internet mejora continuamente. Buscadores como Google, Altavista y HotBot originalmente informaban al usuario sólo de las capas superiores de las páginas web. Para encontrar material enterrado en minas de datos y documentos tan profundas como la página web de la Library of Congress o JSTOR, un fondo de artículos de revistas académicas, había que ir a su página y formular una pregunta específica. Pero desde hace unos años –como sabe todo usuario habitual de Google– se han vuelto más hábiles formulando preguntas, y las empresas de buscadores parece que han inducido a los dueños de las páginas más importantes a ser más sensibles a las necesidades de los usuarios. Buscadores especializados como Google Scholar saben discernir con precisión asombrosa entre información relevante e irrelevante, de primera mano o derivada.

Alfred Kazim amaba la Biblioteca Pública de Nueva York porque admitía a todo el mundo. Entre los lectores no había sólo investigadores jóvenes y presentables como su amigo Richard Hofstadter, sino también muchos tipos extravagantes que frecuentaban las salas de lectura: «El hombrecillo con un solo mechón de pelo cruzándole la calva, como el general MacArthur... que con una débil sonrisa se quedaba absorto leyendo una Biblia con páginas a seis columnas: en hebreo, griego, latín, inglés, francés y alemán», y «la loca esquelética y gritona que me recordaba a 'Boless' de Maxim Gorki». Hasta la imaginación democrática de Kazim no podría haber concebido la visión de las hordas de usuarios presentes y potenciales, muchos de los cuales leerán material que hubiera sido casi inaccesible para ellos hace sólo una generación. Y sin embargo seguimos necesitando nuestras bibliotecas y archivos. John Seely Brown y Paul Duguid han escrito sobre la denominada «vida social de la información»: la forma en que nos topamos con un texto puede tener un gran impacto sobre cómo lo utilizamos. Los documentos originales nos recompensan por las molestias que nos hemos tomado para encontrarlos, contándonos cosas que ninguna imagen nos puede decir. Duguid describe cómo observó a otro historiador olistear sistemáticamente cartas de 250 años de antigüedad en un archivo. Detectando el olor a vinagre –que en el siglo XVIII se rociaba sobre las cartas enviadas desde ciudades golpeadas por el cólera con la esperanza de que así quedaran desinfectadas– podía trazar la historia de las erupciones de la enfermedad. Los historiadores del libro, una tribu nueva y en auge, leen libros como los exploradores leen huellas. Las encuadernaciones, que durante los primeros siglos de la imprenta se hacían a medida para el cliente, pueden decirnos quién era el dueño del libro y cuál su nivel social. Las anotaciones al margen, que abundaban en los siglos cuando los lectores solían emplearse con un libro pluma en mano, identifican los mensajes, a menudo sorprendentes, que los individuos iban encontrando en sus lecturas. Muchos escritores y pensadores innovadores –Martin Lute-

ro, John Adams o Samuel Taylor Coleridge– han llenado sus libros con anotaciones indispensables para comprender sus ideas. Miles de hombres y mujeres que han caído en el olvido han cubierto Biblias y libros y misales, colecciones de recetas y panfletos políticos con su letra escarpada, subrayando y haciendo anotaciones que nos indican cuáles eran los libros considerados importantes, y por qué. Si queremos comprender cómo se envolvían los libros y qué significaban para los lectores que los sacaban de sus envolturas, tendremos que examinar todas las copias que podamos encontrar, desde los manuscritos originales hasta las reimpresiones baratas. Las bases de datos incluyen múltiples ejemplares de algunos títulos. Pero nunca tendrán todos los ejemplares de, por ejemplo, *La riqueza de las naciones* ni las primeras respuestas que suscitó.

Por ahora y durante el futuro que podemos prever, todo lector serio tendrá que saber viajar por dos caminos muy distintos. Nadie debería evitar el camino ancho, llano y abierto que conduce por la pantalla. Pero si queremos saber qué aspecto y qué tacto tenían de verdad los libros con las anotaciones de Coleridge o uno de los primeros cómics de Spiderman, o tan sólo leer uno de esos millones de libros que están siendo digitalizados, tendremos que hacerlo a la antigua usanza, y durante décadas. A los empleados de la Biblioteca Pública de Nueva York les encantan los medios electrónicos. La Biblioteca ha puesto en la Red cientos de miles de imágenes de sus colecciones, a sabiendas de que sus fondos abarcan 53 millones de ítems.

Sentados en un café, nuestro portátil puede decirnos muchas cosas. Pero si queremos obtener un conocimiento más profundo, más localizado, tendemos que tomar el camino que pasa por entre los leones y sube la escalinata. Allí, como en todas las grandes bibliotecas del mundo entero, utilizaremos todos los nuevos medios, los de la propia biblioteca y los que compra a otros, desde siempre. Comprobaremos el nombre de un músico en la Grove Music Online, leeremos del *Doctor Fausto* de Marlowe en Early English Books Online, o descifraremos documentos de la guerra de Secesión en *Valley of the Shadow*. Pero este caudal de datos, con toda su riqueza, más que eliminar iluminará los libros, grabados y manuscritos que sólo la biblioteca puede poner frente a nosotros. El camino angosto sigue llevando, inevitablemente, a un lugar concurrido donde los rayos de sol hacen relucir el barniz de las mesas y el conocimiento se encarna en millones de libros y documentos –con su tufillo, su polvo, sus hojas quebradizas– irremplazables.

TRADUCCIÓN DE MERCEDES GARCÍA LENBERG